

UN DÍA CUALQUIERA

- No..., ¿Por qué estás tan seguro de eso? Todavía tenemos una oportunidad. Todavía podemos coger el coche e irnos, podemos conocer florida, o escondernos en Nueva York, sí. Allí nadie podrá encontrarnos, ya sabes una nueva vida... Por lo menos hasta que consigamos el dinero y se lo devolvamos a Jimmy... – Jake Palucci estaba nervioso, cogía el auricular del teléfono con fuerza, e intentaba vigilar a través de los sucios cristales de la cabina que lo protegía de la lluvia – Vale, ya lo sé. Si nos vamos Jimmy no nos dejará volver, aunque sea para pagarle; pondrá a uno de sus asesinos a buscarnos... Pero si nos vamos nadie nos encontrará. Bueno, puede que “El samurai” Pero tú sabes que Jimmy sólo lo llama para los peces gordos, no para nosotros. ¡Joder Joe, no fastidies! no empieces con tus paranoias sobre ese tipo. No somos Marcus, a él sí que lo mató “El samurai”. Pero Marcus era un camello de los gordos, tenía guardaespaldas... Nosotros no somos nadie. Ya sabes, sólo le pedimos dinero a Jimmy. Sí, ya sé que fue mucho dinero... Joe, como sigas hablando así te cuelgo. ¡Coño! – Golpeó la caja de metal haciendo que ésta emitiera un doloroso pitido – No haces más que hablar como mi madre. O como Julie. No, sabes que Julie se fue con su madre... ¿Y qué quieres que le haga? ¿No querrás que mate a mi mujer sólo

para que tu cabecita paranoica se sienta más segura? Bien, entonces ya está. Cogemos el coche de Charlie, ponemos gasolina en la calle 37 y nos piramos, y cuando llegemos al primer pueblo que encontremos, decidimos, Nueva York u otro sitio, ¿Capici? Bien, hasta la noche Joe. Sí, tú también vigila tus pasos cabronazo. Ciao. – Colgó con fuerza, estaba harto de todo aquello, y para colmo, ahora se sentía culpable por gritar a su mejor amigo “que le den”, pensó, “todo esto es por su culpa”.

Quería largarse, ser una persona normal, como su madre siempre le decía. “No sigas los pasos de tu padre” ¿O no decía eso? Salió de la cabina de enfrente del restaurante de Marie, la lluvia no dejaba ver demasiado. Agachó la cabeza y se subió las solapas de la gabardina; parecía que eso paraba un poco el viento, pero no era así. Corrió hasta el coche, y buscó con nerviosismo las llaves. Con ese nerviosismo de la presa a la que están acechando.

Se dio cuenta de que iba a morir “No me cogerás de espaldas, maldito matón” Y se dio la vuelta, a la vez que sacaba el arma. No se creyó lo que veía. Era una mujer. Tenía el pelo suelto, le caía liso hasta el pecho. Una camisa blanca contrastaba en el resto de su negro vestuario. Y en el lado derecho, una espada...

- Lo que me faltaba, ¿mandan a una tía a que me maten? Joder, esto no es propio de Jimmy, o no – Rió nerviosamente, con esas pequeñas risas burlonas que intentan dar un poco más de seguridad pero que no lo consiguen - esto es una broma de Joe, ¿a qué sí? Vamos nena, no me asustes más.

Silencio.

- ¡Joder tía! No me fastidies, no te acerques o disparo. Por favor, no soy ningún asesino, ¡no quiero empezar a serlo!
- Eso es algo admirable, ¿No crees? Si hubiera venido a matarte, ya lo hubiera hecho. Pero... Últimamente me he cansado de matar a gente inocente sólo porque me paguen. Ahora, necesitare una prueba de que he hecho mi trabajo... – se fue acercando lentamente, hasta tener la pistola pegada al pecho. Era alta, sus rasgos, parecían orientales pero, no, no podía ser “El samurai”. Cuando lo veías, si no eras el capo de alguna mafia, morías.
- Mira... No sé quien te manda, pero te aseguro que no soy quien buscas. No soy nadie.

Sus ojos color esmeralda no dejaban ver a Jake qué escondían sus pensamientos. El silencio cortaba la respiración, como la katana de la mujer la carne.

- ¿Y quién lo es? Todos pasamos por este mundo como simples suspiros, ni tú, ni yo... nadie es importante; ni siquiera ese mafioso amigo tuyo que se hace llamar Jimmy Carter. Fíjate en lo que te digo, nadie merece que yo lo mate, y yo no soy ningún juez, para decidir si lo mereces o no. Sólo soy el verdugo... Pero hasta éstos tienen conciencia. – No podía creerlo, aquella mujer con su tranquila y suave voz conseguía que no pudiera moverse. El sudor frío le corría por la espalda, se sentía igual que un animal atrapado por un lobo – No, no soy “El samurai”, lo busco a él. Cuando lo veas, porque lo verás – decía mientras apartaba el arma del tembloroso chico- dile de mi parte que su conciencia lo está buscando, y que en esta vida todo lo que se hace tiene su consecuencia.

Él, ¿vería al samurai?, Cada vez estaba más claro, esa chica estaba loca. Pero sin embargo, sabía de lo que hablaba, sabía quien lo buscaba, y eso le ponía los pelos de punta.

Mientras cavilaba, la mujer pareció esfumarse, un movimiento en la lluvia y ¡zas! Desaparecida.

Escudriñó de nuevo entre la lluvia. Se cercioró de que no hubiera más sorpresas, y arrancó el coche. Debía ir a casa de Charlie, cogería el coche, buscaría a Joe, y se largarían de allí para no volver. Julie esperaría a su postal, a la postal que su “prima Sussie” prometió. Así, si Jimmy la vigilaba nunca sabría que la prima Sussie, llevaba una barba de tres días y fumaba

compulsivamente mientras conducía un coche negro, en busca del hombre que les estaba salvando el pellejo.

Llegó a la casa de vallas blancas, césped bien cuidado y un hermoso collie en el jardín. Sí, el sueño americano, “Y una mierda” pensó “el sueño americano era vivir en paz, no este consumismo, no esta necesidad de aparentar ser feliz. Bah, gracias a que mi Julie no nunca ha deseado esto” Aparcó enfrente de la cancela que cerraba el jardín, saludó a Stark, el cual respondió con un afable lametón, y se acercó a la portilla blanca. Antes de tocar al timbre Charlie le abrió la puerta. Un hombre joven, de una edad similar a la de Jake.

Llevaba unas bermudas color camel y una camiseta oliva. El pelo caía lacio y rubio por encima de las orejas, y la expresión de su mirada le recordaba a Julie.

- Coño Jake, te dije que esperaras a que anocheciera. Tengo a las crías sin acostar, y Carla estará a punto de venir; y sabes que no le hace gracia que estés dando el coñazo.

- Mierda Charlie, no me vengas con eso ahora, si he venido es porque me he encontrado con una tía loca con una espada de esas japos. Coño, de verdad que he pasado miedo, era como un fantasma, y pasó hace menos de media hora. Dice que voy a ver al samurai.

- Mira, pasa ya, no quiero que los vecinos te vean con esa ropa tan asquerosa, aprovecha y ve a ducharte; coge unos pantalones y una camisa de mi armario. Por lo menos que parezcas una persona decente. No... No sé ni porqué te ayudo.

- ¿Por qué eres mi amigo? ¿Por qué no quieres que Jimmy deje a tus sobrinos huérfanos?- le sonrió, sabía que ya estaba pidiendo demasiado, que no le podía apretar las tuercas; ni a él ni a Carla. Ellos eran el espejo del supuesto sueño, americano.

- Si, por eso y porque así no te tendré que ver la cara, hasta que Jimmy le toque las narices a alguno de los grandes y puedas volver a la ciudad... Si no, seré igual de feliz.

Rió amargamente, sabía que tenía razón, él ya no era nadie

- Muy bien Charlie, no te molestaré. Vete a dar de cenar a las pequeñas, come y ponte a ver el partido de los Yankees, que no molestaré nada... Como si yo no estuviera.

- Oh Jesús, ahora no te me hagas el mártir, que se te da muy mal. Sí, eso es lo que haré, haré caso a mi familia, y pasaré de ti.

Subió la escalera hacia la planta superior. Entró en el dormitorio del matrimonio y abrió el armario de puertas corredizas. Cogió una bonita camisa azul, de manga larga con el cuello abotonado, le gustaban esas camisas desde que era niño; y unos vaqueros, muy elegantes, pero informales. Así era como

definía su mujer el estilo de su hermano: Elegante, pero informal. Ese se suponía que era como debía vestir alguien joven, responsable, respetable. Una pena que su Julie se hubiera enamorado de él. No era de esa clase de persona, tenía sólo treinta años, bueno treinta y uno. Pero había vivido más que cualquiera de cincuenta.

Durante su infancia, se había tenido que buscar la vida solo, sin nadie que le aconsejara qué hacer en los momentos difíciles. Solía buscarse trabajos corrientes como forma de ganar dinero, pero cuando las cosas apretaban, hacía algunos encargos para Jimmy. Nada de matar gente ni eso, él era un buen hombre. Hacía pequeños favores, llevaba y traía algún coche que no era suyo, intimidaba a alguien, entregaba algún que otro maletín...

No se podía quejar hasta que Joe y él se animaron a jugar una partida con Mike "El cura". Al principio estuvo genial, ganaron un par de los grandes, pero luego el asunto empezó a torcerse, y pidieron un crédito. Luego el crédito fue aumentando más y más, pero ellos seguían sin poder pagar. Más tarde empezaron las amenazas, y acabaron partiéndole los dedos de la mano izquierda a Joe. Y el buen Jimmy, se ofreció a solucionar el problema de las deudas... A cambio de que hicieran un par de encargos, de mayor envergadura o en su defecto, fueran devolviendo el dinero.

Pasaron los meses y todo parecía a volver a su sitio: Julie no lo sabía, Joe se recuperó... De la mano. Sin embargo, después vinieron los matones de Jimmy: tenían que pagar ya.

Había una pequeña cláusula no escrita en el contrato, que nadie les había comentado antes: No se podía estar al margen. Cuando debías pasta a Jimmy, te convertías en su esclavo, vendías tu alma. Y él no estaba por la labor de darle su bien máspreciado a un mafioso de tres al cuarto.

Le pegaron una paliza, de ésas que hacen historia, y Julie se enteró. No sabía qué había sido peor, si las cuatro costillas rotas o la cara de decepción de la mujer a la que quería con toda su alma. No dijo nada, ella estuvo callada durante dos días y después: “Vete, márchate de aquí. Coge al estúpido de Joe y llévatelo lejos. Mi hermano te ayudará si se lo pides. Mándame una postal, o algo; yo me voy a casa de mi madre... ya nos encontraremos cuando esto haya pasado y tú hayas decidido cuales son tus prioridades. Te quiero, adiós” Y se marchó de la habitación del hospital, y del piso que compartían.

Se metió en la ducha y dejó la mente en blanco por un momento. Cuando quitaba el vaho del espejo y vio su propio reflejo, lo tuvo todo claro. Nueva York era el lugar perfecto para esconderse: Millones de personas, trabajo, gente que va y viene buscando un sueño; nadie les haría preguntas y Jimmy no se atrevería a actuar allí sin el consentimiento de las mafias mayores.

Una vez vestido y afeitado, bajó al salón. Carla colocaba los platos limpios en la estantería de madera blanca de la cocina, lo saludó con un frío “hola” y besó a su marido dándole las buenas noches. Su expresión mostraba

abiertamente cuales eran sus pensamientos: nunca le había gustado Jake, y eso no había cambiado en los años que llevaba casado con Julie. Cuando estaba ella delante lo intentaba disimular, el resto del tiempo casi no le dirigía la palabra a su cuñado. Y Jake lo entendía, ¿quién querría a un hombre como él en una familia como aquella? La respuesta era obvia: nadie.

- Ya he terminado Charlie, debería irme. – Dijo, avergonzándose de sí mismo, ¿Cómo no había cambiado? Charlie lo miró como si no viera la cara de vergüenza de Jake, o como si no le importara. Se levantó del sillón de piel y se acercó a un pequeño armario pegado a la pared donde descansaban las llaves de la familia.

- Ok, vale. Toma las llaves del coche, tendrás que sacarlo del garaje; lleva gasoil, no lo olvides. Y la caja de cambio es Europea, así que ten cuidado a la hora de poner las marchas, ¿Sabes utilizar esas cajas de cambio? – Él había tenido un coche Italiano, un fiat, lo acabó vendiendo, no le gustaba demasiado, pero sabía cómo manejar un coche europeo. – Bien. ¿Qué más? Sí, toma, aquí tienes cuatro mil dólares; No te puedo dejar más, no te lo gastes en tonterías. Alquila un piso, la hermana de mi jefe tiene varios pisos arrendados en Nueva York, toma la tarjeta, te hará un precio especial. Busca un trabajo decente, y si quieres un consejo de amigo, séparate del idiota de tu compañero, me da en la nariz que te meterá en más movidas si no os separáis. Suerte. – Le tendió la mano y Jake la apretó con fuerza.

- Gracias. Cuida de Julie por favor, y... Y dile que la quiero.

- No te preocupes. Venga, largo.
- Adiós.

A los diez minutos estaba en la esquina de la calle treinta y siete con la Décima avenida esperando a Joe. Vio la silueta de su compañero corriendo desde un bar cercano. Tocó en el cristal y entró.

Su amigo era unos años más joven que Jake, tenía los ojos saltones y pesaba unos diez kilos menos del peso que un hombre, de su edad y estatura debería tener. Los ojos azules se movían con avidez, como si esperara que lo atacaran desde algún sitio, y su sonrisa le daba un aire de un pollo, de ave rapaz. El pelo pajizo estaba mojado y se le pegaba a la cara resaltando, aún más si cabe, la angulosidad de su cara.

- Mierda, estoy empapado – dijo observándose los brazos y el torso. Llevaba una raída camisa de cuadros empapada, que goteaba y mojaba la tapicería del coche - ¿Tienes más ropa de ésa? Creo que la voy a necesitar.

- No – contestó fríamente. Pensaba poner en práctica lo que su cuñado le había aconsejado, separarse de Joe lo antes posible ¿cómo había podido dejarse llevar por él?- Me la dejó Charlie. No tengo más ropa.

- Vale tío, no hace falta que me contestes así, ¿Sabes? Venga arranca de una vez. Menudo idiota, siempre pagas tus cabreos conmigo.

Jake arrancó y condujo por la solitaria carretera estatal durante más de cuatro horas, hasta que, a la una de la mañana, divisaron una pequeña

cafetería y un pequeño edificio con la pintura desconchada y caída. Al letrero, que anunciaba con luces de colores “Motel”, le faltaba la “o” y la “l”. Aparcaron el coche bajo el porche de la recepción y pidieron una habitación, que pagaron al contado pues no se atrevían a que Jimmy los descubriese huyendo tan pronto.

La habitación 109 tenía las cortinas y la moqueta sucias; las camas estaban separadas por lo que, en algún tiempo atrás, podría haber sido una radio y un mueble bar. Las sábanas raspaban la piel de Jake, que se había quitado la ropa para dormir.

Las gotas de agua golpeaban con fuerza el cristal de la ventana que daba al aparcamiento. Le hizo recordar la imagen de aquella hermosa mujer bajo la lluvia, con el pelo mojado cayéndole por los hombros. Le inspiraba pena y miedo. Parecía un ángel de la muerte, triste y sola. ¿Sería el samurai? Y a pesar de la incomodidad que sentía, poco a poco se fue quedando dormido.

Estuvo conduciendo durante casi una semana, antes de llegar a la cosmopolita Nueva York. Ahora estaba él sólo en el coche. Joe se había bajado dos días atrás en un pueblo de Boston, dijo que allí tenía una tía que lo escondería; y él agradeció al cielo no haber tenido que decirle que se quería separar de él.

La ciudad tenía vida propia, el tráfico era un caos ordenado: la mayoría de la gente ya estaba acostumbrada a los atascos, a las obras en la

carretera, a los accidentes... Y mientras su coche estaba parado, leían el periódico o incluso trabajaban con sus portátiles.

Por primera vez en dos semanas, se sintió feliz y contento: nadie lo miraba con cara de decepción, y todos pasaban de él. Condujo hasta un aparcamiento público, cercano a la dirección que anunciaba la tarjeta que le había dado Charlie. Siguió a pie hasta una casa adosada de aire antiguo, que descansaba entre dos edificios exactamente iguales, frente a un pequeño parque donde los niños jugaban. Tocó el timbre y una anciana de cara amable le abrió.

- ¿Sí? – dijo mientras entrecerraba un poco la puerta- ¿Qué desea?

- Buenos días Sra. Piamonte, me envía mi cuñado Charlie Stuartson. Me dijo que usted alquilaba un piso en la ciudad y...

La mujer quitó la cadena de seguridad mientras la sombra de miedo, que antes había estado planeando por su rostro, se transformó en felicidad y simpatía.

- ¡Ah, bien! Sí, sí, pasa joven. A ver, quítate la chaqueta, vamos. Bien –le quitó la chaqueta de cuero marrón y la colgó en un perchero de madera, que le recordó al perchero que Mary Poppins sacaba de su bolso- Y dime, ¿Cómo te llamas?

- Jake Palucci señora. Encantado de conocerla. – tendió su mano a la dueña, que la ignoró dándole unos afectuosos besos en la mejilla.

- ¿De origen italiano, eh? Mis padres eran Napolitanos – sonreía como nunca nadie lo había hecho- Será un placer acogerte en mi casa. Mi hermana me dijo que estabas a punto de llegar, aunque me dijo que tendrías pinta de delincuente... Está claro que estaba equivocada – No dejaba de sonreír y de mirarlo como si fuera su nieto preferido- Aunque no es exactamente un piso, es la casa de al lado. ¿Sabes? Mi marido, que en paz descansa, la arregló para que pudiéramos alquilarla por pisos: uno en el sótano, otro en el primer piso, y otro en el segundo. Ahora está libre el segundo... A mí realmente no me hace falta el dinero, ya tengo suficiente con los otros alquileres; así que como eres casi de la familia, y si a ti te parece bien, claro – sonrió aún más – podemos cambiar el alquiler por ayuda con algunas labores de la casa, que a mi edad pues no puedo hacer, hijo. ¿Qué te parece la idea?

- Muy... Muy bien señora, pero también la puedo ayudar y pagar. Me parecería un abuso no pagarle... La verdad.

La mujer pareció reflexionar unos instantes y luego volvió a iluminársele la cara con una sonrisa.

- Está bien entonces... ¿Qué le parece si me paga cincuenta dólares a la semana y los domingos los pasa ayudándome?

- Genial. – ¿Era verdad que había gente tan buena en el mundo, o era sólo una alucinación, un sueño? – Genial, muchísimas gracias Señora...

- ¡Uy! ¡Es verdad! ¡No me he presentado debidamente! Soy Francesca Piamonte, para servirle a usted y a nuestro señor. – Decía haciéndose la señal de la cruz sobre el torso. - ¿Quieres quedarte a cenar?

Se diría que la casa de la señora Piamonte era una caja del tiempo gigante. Las Paredes estaban repletas de fotos en blanco y negro de los años veinte, de un joven y apuesto muchacho con uniforme de soldado americano, con la Torre Eiffel al fondo. Unos novios, una medalla en un marco... Las cómodas y mesitas del salón estaban cubiertas por retratos en sus marcos, pequeñas figuritas y cajas pequeñísimas. Incluso, en una sala de estar había un mueble lleno de periódicos antiguos. Según la señora Piamonte su marido empezó a guardar los periódicos desde el treinta y nueve, y después de su muerte ella había seguido con la tradición. Lo más gracioso era, como ella le enseñó a Jake, que los periódicos estaban en perfectas condiciones, incluyendo los más antiguos. ¿Cómo? No lo sabía, pero la anciana creía que el mueble de caoba pura, donde se guardaban, tenía algo que ver.

El primer día pasó a la primera semana, la primera semana al primer mes y de éste a los tres meses. La vida no era mala, no podía gastar mucho dinero pero no le importaba. Los Domingos los pasaba con la señora Piamonte, que lo trataba como a un hijo. Se llevaba bastante bien con los vecinos, hacía deporte, se había comprado más ropa como la de Charlie, la cual le quedaba mejor a él que a su cuñado; se había dejado perilla y pasaba los días buscando un trabajo. Cosa que estaba resultando muy difícil.

Al final del cuarto mes, cuando los cuatro mil dólares de Charlie casi se habían esfumado, y Jake estaba a punto de tirar la toalla, un domingo, fueron a comer a un italiano cercano al Soho.

El restaurante estaba decorado con manteles burdeos, y en las paredes había reproducciones de los frescos de las casas de la ciudad de Pompeya, arrasada por el Vesubio. Las vides naturales corrían entrelazadas por las vigas de madera del techo; las sillas eran de madera y cáñamo, y la mayoría de la clientela parecía o italiana, o de ascendencia romana. Un camarero, con un enorme parecido a Luciano Pavarotti, les llevó hasta una mesa resguardada del bullicio y les preguntó qué era lo que iban a tomar, con una actitud campechana y confiada.

Parecía que la señora Piamonte lo conociera; y así era. Se saludaron con un caluroso abrazo y se hicieron las típicas preguntas de rigor sobre la familia y la vida, terminando con el tiempo.

- Pues yo, voy a tomar tortellini de “proschiutto” y una copita de ese vino tinto tan bueno que tienes - dijo la señora Piamonte- ¡Ah! Por cierto, éste es mi amigo y huésped Jake Palucci. Jake, él es Carlo Bruni, un gran amigo mío. Y por cierto Carlo, está buscando trabajo. – le insinuó con descaro mientras lo observaba con ojos pícaros y un gesto, mezcla de lloro y sonrisa.

- ¿Ah sí? Eso está bien, ¿Qué sabes hacer? – le preguntó a Jake con mirada inquisitiva.

- Pues... – no se lo podía creer, ¿Se estaba poniendo nervioso?- trabajé durante tres años en el restaurante de mi madre, en Chicago, luego... Bueno, luego estuve de... Recadero, soy técnico de seguridad... y...luego estuve durante dos años de maître en un restaurante pijo.

- ¿Técnico de seguridad? Bueno, yo camareros necesito, pero será en días puntuales de la semana – se quedó unos segundos pensando - Tengo un amigo que necesita “técnicos de seguridad”; si te parece bien le puedo comentar algo.

- Carrrrlo, - dijo la señora al señor Bruni con cara de abuela enfadada- mira a ver dónde me vas a meter al chiquillo, ¿eh? Que es un buen muchacho, y no quiero que se meta en líos.

- Per favore Francesca! ¿Cómo piensas que voy a meter en problemas al chico? Ejemmm, que ya no es tan chico por cierto- dijo por lo bajo- Sólo se lo quiero presentar al señor Cardone!

- ¿Al señor Cardone? Bien, entonces bien. Jake, querido, no hay de qué preocuparse. El señor Cardone es un hombre respetable, y res-pon-sa-ble. No creo que te vaya a meter en embrollos. Además, seguro que te consigue un trabajo. Yo fui novia suya, sí – Su risa pícaro era suave y cómplice. Le dirigió una mirada como si estuviera contando un secreto – cuando sólo tenía dieciséis años. Su padre era un hombre muy rico y ayudaba a las familias de italianos que estaban en dificultades. ¿Verdad Carlo?

El señor Bruni observaba contrariado como un joven camarero, que parecía ser nuevo, tiraba una bandeja llena de platos sucios sobre una pareja de extranjeros.

- Eh... Sí, claro, Francesca. Bueno, ¿Qué dices, Jake?
- Sí, claro, me parece bien. ¿Cuándo me necesitará usted de camarero?
- Pues mira, vente mañana a eso de las cuatro, el señor Cardone suele venir sobre esa hora, y así matamos dos pájaros de un tiro, ¿Qué te parece?
- Muy bien, mañana a las cuatro estaré aquí.- sonrió, notó que se había ido un gran peso que tenía en el estómago. Por fin, iba a ser un hombre decente.
- Y ahora- le sobresaltó oír de nuevo la voz del dueño del local. Se preguntó, algo molesto por la interrupción de su felicidad, “¿qué es lo que quería ahora?”- dime qué vas a tomar, que no tengo todo el día.
- ¡Ah! Eh... Sí, yo quiero un carpaccio de ternera de primero y luego... Unos canelones. Y de beber... un té frío de limón, por favor.
- Muy bien, ahora mismo la chica os trae las bebidas.

Cenaron frugalmente, hablaron y se divirtieron bastante. Hacía años que no conversaba en italiano con nadie. A veces pensaba que se había

olvidado de cómo hacerlo, sin embargo, pasados cinco minutos volvía a cogerle el tranquillo.

No se creía que la señora Piamonte, no sólo le había conseguido un trabajo decente, si no que también fuera tan animada y tan moderna, para la edad que tenía. Creía firmemente en la igualdad entre hombres y mujeres, en el trabajo duro y en la seriedad. A él le chiflaban las mujeres de sangre italiana, eran fuertes e independientes y se adaptaban a lo que fuera, tanto bueno como malo, con una facilidad increíble. Y la anciana, pequeña y arrugada que tenía delante, miraba con una fuerza que lo dejaba anonadado; siempre conseguía hacer que él riera, y siempre lo sorprendía.

Se despertó nervioso, sudaba... Había vuelto a soñar con la mujer de la katana. La luz que entraba por las rendijas de la persiana descubrían las motas de polvo flotando en el aire. “Al menos era de día” pensó con cansancio.

Fue con sueño hasta el baño y se lavó la cara. “Ahora, ya podía pensar y ser una persona” se decía mientras se secaba la cara, en la suave toalla que la señora Piamonte le había dejado con el piso. Fue a la cocina, puso la cafetera en el fuego, y se hizo un zumo de naranja.

Eran las doce; le quedaban cuatro horas para ir a su primer día de trabajo. Aunque ser empleado del señor Cardone le olía muy mal. Sobre todo

después de oír decir a su casera que el padre de Cardone había ayudado a las familias de italianos... “En esa época, la mayoría de gente que se dedicaba a “ayudar” a los inmigrantes eran las familias de mafiosos; las cuales ayudaban a empezar a la gente y luego les cobraban impuestos exagerados, o les encargaban matar a alguien. ¿Quién no había visto “El padrino”?- pensaba para sí.

- Espero que me equivoque, aunque no estaría mal tener el apoyo de alguna familia por aquí, no vaya a ser que Jimmy me siga buscando...”

A las tres y media cogía el metro en dirección al Soho.

Escrita por Almudena L. Bruñas